

La verdad mutilada

José Naranjo Noble

Periodista especializado en inmigración y redactor jefe de Guinguinbali¹

«El mundo se ha convertido en una aldea por donde la gente transita con enorme facilidad». Esta frase la pronunció el pasado mes de noviembre Themba James Maseko, portavoz del Gobierno sudafricano, durante un seminario organizado por la AECID en Madrid. Y tiene razón. Hace medio siglo hubiera sido difícil imaginar la enorme cantidad de movimientos de población y comerciales que se producen en la actualidad entre todos los rincones de este planeta.

Sin embargo, y esto tendría que saberlo bien el señor Maseko porque ocurre en la propia Sudáfrica a donde intentan llegar cada año miles de personas desde los países vecinos, esa aldea está llena de muros, vallas, alambres de espino y malhumorados policías que impiden la libre circulación. En esa aldea de la que habla viven dos grupos de personas, uno, muy reducido, formado por los que tienen derecho a visitar todas las casas y barrios sin ser importunados por nadie; y otro, mucho más numeroso, integrado por aquellas personas a quienes les está vetada esa libertad de movimientos.

Las migraciones son algo muy antiguo, tanto como el propio ser humano. Están incrustadas en la historia del hombre desde el principio de los tiempos. Los ejemplos de ello son innumerables. Sin embargo, en las últimas décadas hemos asistido a un notable incremento de los desplazamientos de personas de unos países a otros. Y dado que en el Primer Mundo hemos construido todo un alambicado sistema de frenos y controles que utiliza la violencia para impedir el acceso a los desheredados, en demasiadas ocasiones este viaje se torna incierto y peligroso.

A mediados de la década de los ochenta, las pateras comenzaron a llegar a las costas andaluzas y canarias. Sólo era cuestión de tiempo. Al igual que en otros puntos calientes del mundo, como la frontera entre Estados Unidos y México o el sur de Italia, en nuestras playas comenzó a visualizarse una de las caras más dramáticas del fenómeno de la inmigración. Cientos de pateras se estrellaban literalmente contra las rocas o sus ocupantes acababan en el fondo del océano tras un naufragio. Murieron miles de personas. ¿Su verdugo? El hambre, el frío, el agotamiento o el mar dieron la puntilla a sus vidas, pero quien los mató, en realidad, fue nuestra indiferencia hacia el sufrimiento ajeno, nuestras leyes, nuestro injusto y excluyente sistema.

¹ www.guinguinbali.com

Esta era y sigue siendo una gran historia que merece la pena ser contada. Sin embargo, durante mucho tiempo los periodistas nos limitamos a hacer un recuento estadístico de personas llegadas o fallecidas, hablamos de su detención, de su internamiento, de su expulsión o su acogida, de su deambular por las calles sin empleo ni posibilidad de conseguirlo. Un trabajo necesario, pero insuficiente.

Esto es como contar el cuento de Caperucita empezando por la llegada del cazador a la casa de la abuelita. Entonces no entenderíamos nada. ¿Qué hace aquel lobo allí? ¿Dónde está la abuela?, ¿por qué Caperucita grita enloquecida? Los cuentos, como las buenas historias, hay que empezarlas por el principio.

En otros casos, incluso, el lenguaje usado para contar este fenómeno fue mucho más allá y se cargó de términos bélicos. Titulares en los que se recogían palabras como avalancha, oleada, invasión, alud y hasta *tsunami* de pateras comenzaron a proliferar en los medios. Había que “combatir” la inmigración, “atajar el problema”, establecer “sistemas defensivos”. El Parlamento canario, en su paroxismo, llegó a pedir a la Armada que “interceptara” a los cayucos y les obligara a dar media vuelta en alta mar.

Estábamos contando tan solo una parte de la historia, la parte visible, la punta del iceberg. Y, de esta manera, muchos medios de comunicación fomentaron la histeria, haciendo el juego a quienes usaron la inmigración como arma política o electoral. Sirva de ejemplo este extracto del editorial del periódico *El Día* del 24 de mayo de 2006: «En estos momentos Canarias sufre una invasión de africanos de raza negra pura, salvo caso de sida o enfermedades contagiosas, la cual, como todo el mundo sabe, prima sobre la blanca en caso de mezclarse».

Frente a tanto despropósito, era necesario descubrir y trasladar a la opinión pública española lo que estaba sucediendo en el continente africano. Los ocupantes de aquellas barquillas nos estaban arrojando a la cara varias preguntas. ¿De dónde vienen?, ¿cómo vienen?, ¿qué caminos deben atravesar para recorrer medio continente hasta las costas de Marruecos o del Sáhara Occidental para luego aventurarse en esta peligrosa travesía? Pero, sobre todo, la pregunta que nos hacíamos todos es ¿quiénes son, en realidad, estos jóvenes? Y ¿por qué vienen?, ¿qué les impulsa a jugarse la vida de esta manera?

El problema es que África al sur del Sáhara es un desierto informativo para España. Salvo contadas excepciones, sólo interesa en momentos puntuales, casi siempre relacionados con aspectos negativos como hambrunas, guerras, golpes de Estado o catástrofes naturales. La imagen que transmitimos del continente suele ser sesgada, filtrada a través de la mirada de las ONG, diplomáticos, empresarios presentes en la zona o de medios de comunicación franceses e ingleses que en demasiadas ocasiones hacen gala de una enorme parcialidad. Caemos una y otra vez en prejuicios y clichés cuando hablamos de África.

Una mirada más profunda

El periodismo sólo puede tener sentido si aporta a los receptores del mensaje las herramientas y la información necesaria para extraer conclusiones, para hacerle pensar de manera crítica, para forzar una respuesta, ya sea emocional o intelectual. En el mundo real no existen las respuestas sencillas, los buenos y malos de los cuentos; casi nada es lo que parece. Para desentrañar la complejidad de lo que ocurre hace falta voluntad de hacerlo, un periodismo que vaya más allá de los titulares facilones y que llegue a donde no llega a casi nadie.

Sigo con el mismo ejemplo. Durante años, y aún hoy, cada vez que se produce el naufragio de una patera en las costas y nos encontramos con cadáveres esparcidos en una playa o flotando en el mar, la clase política española saca de la chistera el

recurrente discurso de las mafias del tráfico de personas. “Es culpa de las mafias”, dicen, “tenemos que combatir esta lacra”. Lo dicen en Canarias, en Andalucía y en Madrid. Lo repiten una y otra vez hasta que todos nos lo creemos.

Desde el año 1999 he tenido ocasión de recorrer la costa africana desde Tarfaya (sur de Marruecos) hasta la desembocadura del río Casamance (sur de Senegal) donde se concentran los principales puntos de partida de pateras y cayucos hacia el archipiélago canario. Sólo entre 2006 y 2007, más de 50.000 personas intentaron la peligrosa travesía partiendo de alguna lugar de esta franja costera. Hablé con cientos de personas, pregunté los cómo, los cuándo y los porqués, recorrí parte del camino junto a ellos y viví, de cerca, detenciones, miedos, intentos frustrados y encierros forzosos.

Pues bien, claro que hay personas que se beneficiaron de estos movimientos, aprovechados que surgieron para lucrarse al amparo de la miseria y la necesidad, desgraciados que vendieron agua por gasolina, que se forraron vendiendo GPS o trajes de agua, que sobornaron a la policía, que organizaron expediciones, que ayudaron a cruzar fronteras y océanos. Por supuesto.

Pero, sobre el terreno, el discurso de las mafias organizadas se revelaba más bien como un señuelo, una trampa construida desde Europa que no se ajustaba a la realidad. Los jóvenes africanos no subían engañados a los cayucos ni eran extorsionados ni caían en las manos de asociaciones delictivas. Tan solo recurrían a pasadores que les facilitaban un viaje que hubieran preferido realizar sentados cómodamente en un avión si nuestras leyes así lo hubieran permitido.

Muchos periodistas cayeron en la trampa. Redujeron el problema de la inmigración a un asunto de mafias y en lugar de acudir al verdadero origen del problema, relacionado directamente con el fracaso de muchos Estados africanos para satisfacer las necesidades de su población, con el injusto reparto de la riqueza, con el neocolonialismo, con la creciente militarización de las fronteras europeas o con la expansión de las nuevas tecnologías, se quedaron en la superficie.

Para contar esta historia había que zambullirse. Era necesario llegar hasta los pueblos más alejados de las regiones más pobres de Malí, Senegal, Guinea o Nigeria. Había que escuchar a las familias de quienes tienen un pariente en Europa y a aquellas que no lo tienen, saber por qué les obligaron a plantar cacahuetes y a qué se debe que no tengan un mísero tractor, descubrir la falta de horizontes de una juventud informada, pero frustrada, el ansia con el que hablan de Europa.

Sin embargo, a los medios de comunicación españoles apenas les ha interesado esta inmersión. Salvo honrosas excepciones y momentos puntuales, como la crisis de las vallas de Ceuta y Melilla o la mediática crisis de los cayucos, la información rigurosa y documentada, el trabajo sobre el terreno, el ejercicio de profundizar en las causas y en los porqués ha brillado por su ausencia.

Poco antes de morir, el periodista polaco Ryszard Kapuscinski aseguraba en una entrevista que «el periodismo se ha tenido que refugiar en los libros» porque a los medios de comunicación tradicionales, periódicos, agencias de prensa, cadenas de televisión, ya no les interesa profundizar en los temas.

Deslumbrados por la inmediatez y la falsa necesidad de ofrecer espectáculo o sumisos ante el poder económico que define sus propios criterios, alejados desde luego de la conveniencia de crear un espíritu crítico en lectores y espectadores, cada vez más distantes del imperativo de informar bien y de manera plural por encima de todo, los grandes medios están perdiendo la batalla del periodismo.

Y frente a ellos y de la mano de las nuevas tecnologías surge todo un nuevo abanico de medios de comunicación alternativos, blogs, bitácoras, portales de comunicación en Internet, páginas especializadas que ofrecen análisis, reportajes o informaciones sobre el terreno; redes sociales a través de las que somos capaces de pulsar la opinión y el sentir de los ciudadanos a miles de kilómetros de distancia sin intermediarios ni filtros; y, en fin, todas las capacidades que da la red que, convenientemente desbrozada la paja del trigo, permiten construir una imagen más completa y vigorosa que la de unos medios de comunicación anclados en su tradicional y limitada manera de informar.

Voy a poner un último ejemplo de los peligros de la información que no va más allá. En el momento en que escribo estas líneas, Costa de Marfil se enfrenta a una grave crisis postelectoral en la que los candidatos de las presidenciales se atribuyen la victoria. Uno de ellos, el presidente saliente Laurent Gbagbo, avalado por el Tribunal Constitucional de su país; el otro, Alassane Ouattara, respaldado por prácticamente toda la comunidad internacional encabezadas por Francia, Estados Unidos y, por tanto, la ONU.

En Occidente, todos nos hemos hecho una imagen bastante sencilla de lo ocurrido. Gbagbo ha perdido las elecciones y se niega a abandonar el poder. En los medios de comunicación de todo el mundo se le llama «presidente golpista» sin pararse a pensar ni un instante en que el tribunal constitucional marfileño le proclamó vencedor. ¿Se imaginan a Estados Unidos proclamando el ganador de unas elecciones en España en contra de la decisión de nuestro máximo tribunal? ¿No, verdad? Pero para África todo vale y los medios informativos españoles se han tragado el sapo que le han querido colar los medios franceses, tan presentes en la zona como el propio ejército o la diplomacia francesa que ya tenían su candidato antes de los comicios y que parecen dispuesto a defenderlo incluso tras haber perdido y a costa de una nueva guerra africana.

Desentrañar la realidad implica un esfuerzo. Lo fácil es ceder la tarea de la información a esa amalgama político-empresarial que controla y manipula los medios, dejarnos llevar por la corriente y dejar que sean otros quienes marquen los criterios de lo que es noticia y, sobre todo, de qué parte de la verdad se debe desvelar y cuál ocultar.

La crisis económica no ha hecho sino agravar la crisis de los medios de comunicación tradicionales. Atados por una enorme dependencia de los poderes públicos y las grandes empresas en forma de contratos publicitarios, alzar la voz de los derechos humanos o simplemente de la honestidad es cada vez más difícil.

Hasta hace unos años era frecuente que los periodistas de los grandes conglomerados mediáticos recorrieran el mundo en busca de información de primera mano. En la actualidad se ha puesto muy de moda que sean grandes ONG, muchas de las cuales sobreviven gracias a los Estados, las que “inviten” a los medios a la República Democrática del Congo, Haití, Malí o El Salvador para que conozcan sus proyectos. Estas prácticas no favorecen la independencia, sino más bien todo lo contrario. Condicionan el mensaje de manera más o menos subliminal.

Sin embargo, hay alternativas. Existen voces críticas que tratan de hacer visible lo invisible. Unos intentan hacerse hueco en los medios tradicionales contra viento y marea; otros recurren a medios emergentes en internet, a nuevos cauces y lenguajes, donde el periodista habla con el lector de tú a tú, sin intermediarios ni filtros que entorpezcan el mensaje.

Los periodistas somos contadores de historias. Y una buena historia necesita de personas capaces de contarla. Va a ser difícil que esto cambie nunca. Pero las historias se tienen que contar completas, ricas en matices, en colores y sabores, porque la

realidad es siempre compleja. Por mucho que cambien los soportes y los formatos, por encima de los intereses particulares o del interés de Estado, los contadores de historias, de buenas y complicadas historias que reflejen un mundo indiferente ante el dolor ajeno, seguirán siendo muy necesarios.